

LIBRERIA LA INDEPENDENCIA
CALLE DE SAN JUAN DE LOS RIOS
MEXICO

FR. MANUEL M. DE NAVARRETE

El cantor de los *Ratos tristes*, de *La inmortalidad*, del *Alma privada de la Gloria*, Navarrete, el insigne poeta michoacano, es uno de los pocos á quienes ha cabido en suerte entre nosotros, ser conocidos y estimados sin contradicción, y ser también objeto de numerosas biografías y de no escasos elogios. No necesitamos, por lo mismo, dar gran extensión á nuestro estudio en el caso presente. A manos de cualquiera pueden llegar las obras en que de Navarrete se hace mención detenida.

FR. MANUEL MARTINEZ DE NAVARRETE

El cantor de los *Ratos tristes*, de *La inmortalidad*, del *Alma privada de la Gloria*, Navarrete, el insigne poeta michoacano, es uno de los pocos á quienes ha cabido en suerte entre nosotros, ser conocidos y estimados sin contradicción, y ser también objeto de numerosas biografías y de no escasos elogios. No necesitamos, por lo mismo, dar gran extensión á nuestro estudio en el caso presente. A manos de cualquiera pueden llegar las obras en que de Navarrete se hace mención detenida.

Fr. Manuel M. de Navarrete.

El cantor de los *Ratos tristes*, de *La inmortalidad*, del *Alma privada de la Gloria*, Navarrete, el insigne poeta michoacano, es uno de los pocos á quienes ha cabido en suerte entre nosotros, ser conocidos y estimados sin contradicción, y ser también objeto de numerosas biografías y de no escasos elogios. No necesitamos, por lo mismo, dar gran extensión á nuestro estudio en el caso presente. A manos de cualquiera pueden llegar las obras en que de Navarrete se hace mención detenida.

Fr. Manuel Martinez de Navarrete nació en la entonces villa de Zamora (Michoacán), el 18 de Junio de 1768. Allí mismo hizo sus primeros estudios

003484

y los de latinidad, hasta que incidentes desgraciados de familia le hicieron venir á México y dedicarse al comercio, en cuya profesión se distinguió por su honradez é inteligencia. Las faenas mercantiles no eran en verdad propias de quien, como Navarrete, sentía en su corazón el noble anhelo de la gloria; y como en la época en que le tocó nacer no era dado á los mexicanos prosperar y distinguirse fuera de la Iglesia, el joven zamorano tomó el hábito de San Francisco en el convento de San Pedro y San Pablo de Querétaro, á los diez y nueve años de edad.

Concluido el noviciado se dedicó de nuevo al estudio de la latinidad, y en seguida emprendió el de la filosofía. Nuevos horizontes se abrieron ante sus ojos, y á pesar de que entonces no era bien vista todavía la filosofía moderna, consagróse él á su estudio, dando de mano á la peripatética que á la sazón privaba. Cursó con el mayor aprovechamiento las cátedras de la facultad y en seguida obtuvo la de idioma latino en el colegio de Querétaro. De éste pasó á Morelia, y de aquí á Rio Verde y Silao con el cargo de predicador. Nombrado

cura de San Antonio de Tula, llenó cumplidamente sus deberes, y dedicó sus horas libres al estudio, y al cultivo de la poesía.

Sus primeras composiciones aparecieron en el *Diario de México* en 1805, y fueron muy aplaudidas. Navarrete ocultó su nombre, y cuando los que formaban en México la sociedad literaria llamada *La Arcadia Mexicana* invitaron al incógnito poeta para que ingresase á aquella reunión, el modesto religioso aceptó, y siguió escribiendo bajo el nombre de *Anfriso*.

Siendo guardián del convento de Tlalpujahuá, falleció Navarrete á los cuarenta y un años de edad, el 17 de Julio de 1809.

La necrología de este ilustre poeta fué escrita y publicada pocos días después de su muerte por D. Carlos María Bustamante. A éste se deben las noticias que han venido repitiendo los biógrafos con respecto á Navarrete, como se le deben tantas otras sobre los más hermosos episodios de nuestra historia; como se le debe el conocimiento de muchas obras que sin él se habrían perdido para siempre. Cuando se ha he-

cho de moda ridiculizar á Bustamante por los defectos de que adolecen sus escritos, sin cuidarse de indicar cuán importantes servicios prestó á su patria y á las letras, justo nos parece tributarle hoy un recuerdo.

Volviendo á Navarrete, diremos que, según el testimonio de sus contemporáneos, poseía una alma llena de las más relevantes cualidades. Era franco, sincero y modesto. Antes de espirar quemó sus manuscritos; pero afortunadamente una gran parte de sus poesías habían visto la luz en el *Diario de México*, según dijimos ya, y con estas y otras muchas inéditas que se pudieron recoger, se formó la edición que se hizo en México en 1823. Otra apareció en París en 1835.

«No hubo género de poesía en que no se ejercitara Navarrete, dice uno de sus biógrafos, el Sr. Alcaraz; y tan familiares le fueron el erótico y anacreóntico, el bucólico y el elegiaco moral y amoroso, como el epigramático, el jocoso, el didáctico y el sagrado; aunque á decir verdad, no en todos acertó á distinguirse, pues, en mi concepto, si la poesía seria y elevada le valieron todos sus lau-

reles, no fué tan feliz en la sátira para que ésta le acarreará uno sólo.»

Pimentel consagra al estudio de Navarrete un extenso y muy interesante capítulo de su «Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México,» que está actualmente en prensa.

Un escritor extranjero publicó hace muchos años un importante juicio crítico de las poesías de Navarrete.

Siguiendo nuestro sistema de dar á conocer preferentemente las opiniones de los extraños acerca de nuestros hombres distinguidos, porque se reciben siempre como más autorizadas y más imparciales, terminaremos citando lo que el escritor á que aludimos, expresa sobre el ilustre poeta zamorano:

«La celebridad, dice, que el padre Fr. Manuel Navarrete tiene entre sus compatriotas, es bien merecida: primacía de antigüedad entre los poetas pertenecientes á la nueva, á la grande era de la Independencia; carácter poético perfectamente adaptado al *virginibus puerisque* cano de su epígrafe; todo reclamaba este obsequio á favor del tierno, del candoroso, del delicado Navarrete, cuyos versos son en realidad traviesos é ino-

centes como los juegos de los niños, y púdicos y halagüeños como la hermosura de las vírgenes.

«Semejante al suavísimo Delio, ha sabido hermanar lo divino con lo humano, sin ofender la austeridad de su profesión religiosa ni descubrir la aspereza del sayal que vestía. Los nombres de fray Diego Gonzalez y de fray Manuel de Navarrete, adornan el escaso catálogo de los que han consignado en sus poesías el respeto que se debe tener á la hermosa y difícil virtud de la eutropelia, demarcando la línea en que deben contenerse sus lícitos y amables desahogos. Uno y otro parecen inspirados por aquel *angel de los santos amores* que el célebre cantor de los Mártires imaginó para la poesía cristiana en oposición á la Vénus de los gentiles. La musa de Navarrete es, ciertamente, menos aliñada, y aun tal cual vez se olvida de que la poesía, siendo el lenguaje de los dioses, se desdenea de la trivialidad; pero este mismo defecto contribuye casi siempre á la agradable sorpresa de ver la elegancia ventajosamente reemplazada por la sencillez y por un amable abandono.

«La versificación es constantemente fácil, si bien algo descuidada en tal ó cual pasaje; tiene mucha dulzura y fluidez, aunque con demasiada frecuencia comete contra la prosodia el pecado muy grave y vitando, en mi opinión, de no hacer la debida separación de la concurrencia de las vocales que deben pronunciarse como otras tantas sílabas distintas y no como un diptongo; lo cual, además de ser antigramatical, dá al verso un desaliño importante, ofendiendo gravemente el oído, como en estos:

Todos los séres que hermocean la tierra
¿No te dán todavía bastante gloria?

.....
Y cual soldado en la campaña instruido
.....
Que no sea de dolor el alma mía.

«Por desgracia no es necesario hojear mucho en cualquiera de los dos tomos, para tropezar con varios versos que adolecen de este mismo defecto; pero también es justo decir en alabanza de su autor, que es el único de que se le puede hacer un cargo formal y que merezca particular animadversión, por ser tanto más peligroso en un poeta, cuya

versificación puede por lo demás recomendarse como dechado, entre las mejores de que blasona la poesía moderna castellana.

«Por lo que hace al lenguaje, tengo la satisfacción de decir que es de lo más castizo y puro que hemos visto en nuestros tiempos; y que, felizmente, libre de los resabios tan fáciles de contraerse por los que se han nutrido demasiado con la lectura de los libros franceses, merece acaso ocupar entre los modernos poetas hispano-americanos un lugar igual al que bajo este respecto ocupa entre los españoles el correcto Iglesias.

«El estilo de todas sus composiciones es natural, limpio del más remoto asomo de la afectación, claro, y exento del todo de esa especie de algarabía y martirizada fraseología, hoy tan común en la poesía castellana. Las tres cualidades indicadas, que cada una por sí sola haría á Navarrete digno de ser leído con aprecio, reunidas le dán un realce que muy pocos le pueden disputar entre sus contemporáneos; y si á ella se añaden las que sobresalen en el carácter particular de su númen, será justo decir que la Nación mexicana puede gloriarse de

tener un excelente poeta lírico. Pulsando el blando laud de Anacreonte, mezcla la filosofía más amable con las imágenes y alusiones más risueñas, con la más graciosa invención y con la ligereza significativa.

«En las composiciones puramente amorosas, la decencia, la ternura, la verdad de los afectos y una dulcísima y envidiable melancolía, las sacan de la clase general de fastidiosas, á que las de este género están condenadas, por el exceso con que abundan en la poesía castellana. Si se ejercita en objetos más graves y canta inspirado por las augustas máximas de la religión y de la moral, lo que infunde su noble voz no es precisamente aquel respeto encogido, aquella veneración mezclada del temor, ni aquella elevación de ideas envueltas en cierta rigidez que se siente al leer muchas de las mejores producciones de este género, sino más bien una afición cariñosa á la virtud, una obediencia fácil y gustosa de sus máximas y una santa amistad á los preceptos y verdades de la santa religión. Aun en su poema del *Alma privada de la Gloria*, asunto bien lúgubre y terrible por cierto, el

afecto de la sensibilidad es lo que más sobresale, presentando por principal realce del cuadro, á un hijo que cifra la mayor causa de su tormento en verse privado para siempre del amor de una madre á quien mira colocada en la mansión de los justos. ¡Sublime concepción, que pinta toda la ternura del alma de Navarrete, semejante á la de la seráfica virgen de Avila, que compadecía á Satanás porque no es capaz de amar!

«Estos son los principales géneros en que brilla el vate mexicano.»

FRANCISCO SOSA.

Fr. Manuel M. de Navarrete.

LA MAÑANA.

Ya se asoma la cándida mañana
Con su rostro apacible: el horizonte
Se baña de una luz resplandeciente,
Que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas
A la parte contraria. Nuestro globo,
Que estaba al parecer como suspenso
Por la pesada mano de la noche,
Sobre sus firmes ejes me parece
Que le siento rodar. En un instante
Se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
No se siente agitado, si contempla
La milagrosa luz del almo día?

Ya comienza á volar el aire fresco,
 Y á sus vitales soplos se restauran
 Todos los seres que hermocean la tierra.
 El ámbar de las flores ya se exhala
 Y suaviza la atmósfera: las plantas
 Reviven todas en el verde valle
 Con el jugo sutil que les discurre
 Por sus secretas delicadas venas.
 Alegre la feraz naturaleza
 Se levanta risueña y agradable:
 Parece cuando empieza su ejercicio,
 Que una mano invisible la despierta.
 Retumban los collados con las voces
 De las cantoras inocentes aves:
 Susurran las frondosas arboledas,
 Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco
 Pero alegre murmullo entre las piedras.
 ¡Qué horas tan saludables en el campo
 Son estas de la luz madrugadora,
 Que los lánguidos miembros vigorizan,
 Y que malogran en mullidos lechos
 Los pálidos y entecos ciudadanos!
 Todo escita en el alma un placer vivo,
 Que con secreto impulso la levanta
 A grandes y sublimes pensamientos.
 Todo lleva el caracter estampado
 De su Hacedor eterno. Allá á su modo
 Parecen alabar todos los entes
 La mano liberal que los produce.

Todo se pone en pronto movimiento:
 Cada cual de los simples habitantes
 Comienza su ejercicio con el día.
 Tras su manada de corderas blancas
 Leda la pastorcilla se entretiene,
 Tejiendo una guirnalda, que matiza
 De varias flores para su alba frente.
 El vaquero gobierna su ganado,
 Que se dilata en el hermoso ejido.
 El labrador robusto se dispone
 Para el cultivo del terreno fértil.
 Voime al sembrado que la Providencia
 Con su invisible diestra me señala:
 Sufiré el sol ardiente; pero alegre
 Con los frutos sazones y abundantes
 Que los sulcos me dan que beneficio.
 Apagado el bochorno de la tarde,
 Me volveré á mi choza apetecible,
 Morada de la paz y de los gustos,
 Donde mi esposa dulce ya me espera
 Con sus brazos abiertos: mis hijitos,
 Después de recibirme con mil fiestas,
 Penderán de mi cuello: ciertamente
 Que vendré á ser entonces como el arbol
 De que cuelgan racimos los más dulces.
 ¿Y he de trocar entonces mi cabaña,
 Aunque estrecha y humilde, por el grande
 Y soberbio palacio, donde brilla
 Como el sol en su esfera un señor rico,

Pisando alfombras con relieves de oro?
 Nada menos. Tampoco este instrumento,
 Este instrumento rústico y grosero,
 Bienhechor que me da lo necesario
 En todas las urgencias de mi vida,
 Por el cetro brillante que un monarca
 Empuña con su diestra poderosa.
 No cabe el gozo dentro de mi pecho;
 Ni de alabar me canso en la mañana
 Al Padre universal de las criaturas,
 Que miro en esa luz madrugadora:
 Sin dejarlo de ver en las restantes
 Producciones tan grandes de su seno.
 ¡Oh cuántas! ¡cuáles son! y qué admirables!
 Pero ninguna como el alba hermosa,
 Que parece que á todos les da vida,
 Enviándoles la luz de su semblante.
 ¡Oh, risa de los cielos, y alegría
 De estos campos felices! Precursora
 De los rayos del sol, yo te saludo.
 Las frescas sombras, las campiñas verdes,
 Las fuentes claras, los favonios blandos,
 Las aves dulces y las flores tiernas
 Te saludan también allá á su modo.
 Su faz hermosa la naturaleza
 Sacar parece del sepulcro ahora:
 Todos sus entes cobran nueva vida
 A tu presencia dulce y agradable.
 Corren las fieras á sus cuevas hondas,

Brincan las cabras, los corderos balan,
 Lllaman las vacas á sus becerrillos,
 Mugen los toros, y responde el eco,
 Que sale de los montes retumbando.
 Los pastorcillos, y las zagalejas,
 Sonoros himnos canten al Eterno
 Autor que baña tu semblante hermoso
 De tan alegre luz por la mañana.

NOCHE TRISTE.

...Mihi se, non antè oculis tam clara, videndam
 Obtulit, et purà per noctem in luce refulsit
 Alma Parens.

VIRG., *Aneid.*, lib. 2º

No de Artemisa el túmulo famoso,
 Caros hermanos míos,
 De mi llanto esta vez será argumento;
 Ni el sepulcro de Adonis fabuloso
 Soñados desvaríos
 Me inspirará con triste sentimiento:
 De otra causa me siento
 Intimamente herido:
 De otro objeto me siento conmovido.
 De nuestra tierna madre el triste caso,
 El fatal accidente,
 Que la lleva á las sombras de su ocaso,
 Es el asunto que mi musa llora,

Y el dolor vehemente,
 Que me traspasa ahora.
 Ya mi llanto en corriente,
 De los cansados ojos desprendido,
 A mezclarse descende dirigido
 Con lo que lloran vuestros turbios ojos.
 A contemplar me excita la tristeza
 Los fúnebres despojos
 De la naturaleza.
 Ya el sol se apaga, y á sus luces bellas,
 Pregonando de Dios las maravillas,
 Sucede el resplandor de las estrellas.
 Ya no cantan las tiernas avecillas
 Las dulces tonaditas,
 Que alegraban la fuente, el bosque, el prado.
 Ya la noche ha llegado:
 Y la cara trocándose del mundo,
 Parece que se torna moribundo
 A su primer estado.
 Un silencio profundo
 Guardan todos los entes
 De la naturaleza diferentes.
 Sólo el fúnebre canto
 Con que pasan la noche buhos roncós,
 Melancólico suena,
 Esparciendo el espanto
 Entre caducos troncos.
 Todo conspira á renovar la pena,
 Que siente el alma mía:

Y corriéndose al punto
 El velo de mi opaca fantasía,
 Se me pone delante
 De mi copioso llanto el triste asunto,
 El mayor de mis bienes ya difunto.
 Desde luego mi madre.....; Ay madre amante!
 ¡Ay madre la mas tierna!
 Tu imagen esculpida
 En mi triste memoria, se hará eterna
 Todo el amargo tiempo de mi vida.

La noche silenciosa
 Parece que camina adormecida,
 Y como nunca ¡ay triste! perezosa.
 En vano el sueño pulsa
 Las delicadas puertas del sentido,
 Si el corazón repulsa
 El descanso del cuerpo apetecido.
 Al dolor compelido,
 Mi duro lecho regaré con llanto.
 La cabeza reclino, y entre tanto
 Me salta el corazón dentro del pecho.
 Cierro los ojos; hiéreme el espanto:
 Diligencias..... ninguna es de provecho
 Para aliviar mis miembros fatigados:
 Mi espíritu flaquea
 Con tantos pensamientos atropados:
 Y agitada la idea,
 A mi madre parece que estoy viendo....

¡Ah! lance el más tremendo,
 Cuando en mortales ansias agonizas.
 Tu cuerpo venerable
 Ya se convierte en lúgubres cenizas.
 Después que una mirada,
 Estremo de tu angustia apoderada,
 Al resto inconsolable
 De los hijos, que cercan tus despojos,
 Le dice ya eclipsada,
 El tierno último vale de tus ojos.

De repente por toda la morada
 El llanto suena, se levanta el grito:
 Ya se escuchan los ayes de un *Alejo*,
 Que esparcen el dolor en el distrito:
 Ya un *Francisco* perplejo
 Con el súbito mal, la vestidura
 Rasga á su pecho blando:
 Y *Juana*, la mujer de más ternura,
 El cadaver helado está abrazando,
 Mientras que en dos torrentes de amargura
 Se ván sus dulces ojos trasformando.

Y tú, que noticioso
 Del mal, que por entonces amagaba,
 En camino te pones presuroso,
 Y llegas al ocaso donde acaba
 De apagarse la luz, cuyos ardores
 Tuviste por mejores

Que los del alto sol: dí ¿qué sentiste
 Al saber la catástrofe más triste?
 Blás.....¡Oh!.....mi dulce hermano,
 Tú que ennobleces el linaje humano,
 Porque tus sentimientos
 No tiene otro hijo iguales.....
 ¿Qué sentiste? ¡ay! ¿dirélo?....tus lamentos
 Llenaron de gemidos á los vientos.
 Tu dijiste á los techos celestiales,
 Cayeran sobre tí; y á tus querellas
 Parecían moverse las estrellas.
 Más el Señor que cuida de tu pena,
 Por la cual estuviste desmayado,
 Tiernamente escitado,
 La tempestad de tu ánimo serena:
 Con que al fin del quebranto
 Procuraste piadoso
 Enterrar con decencia el cuerpo santo.
 ¡Dichoso ¡ay! sí, dichoso
 Tú, que ejercitas la piedad humana!
 Mientras que yo privado por el cielo
 De este último consuelo,
 A la suerte me quejo mas tirana
 En tan remoto suelo,

El corazón se afana
 ¡Ay, madre, madre mía!
 Suspirando tres años que pasaron
 Desde el postrero día,

En que amorosamente me estrecharon
 Los mismos brazos que contemplo yertos,
 Hasta el terrible instante,
 Que á la región te lleva de los muertos.
 ¿Con que fueron entonces
 Tus postreras ternuras?
 ¡Oh penas las más duras,
 Capaces de ablandar los mismos bronces!
 ¿Con que ya para siempre me dejaste,
 Amada madre mía,
 Y sin que yo te viera te ausentaste?
 ¡Oh, si me hubiera hallado en tu agonía!
 Sobre este mismo pecho,
 Reclinatorio á tu cabeza santa
 Te hubiera el amor hecho:
 Y agitado al latir de tu garganta,
 De los ojos saliera el llanto mío,
 Para templar el frío,
 Que se fuera estendiendo
 Por tu afligida cara,
 Que otra vez me parece estarla viendo....
 Tal vez me consolara
 En este trance fiero
 Con la memoria del *adiós* postrero.
 ¡Miserable de mí, que no he podido
 Abrigar en mi seno los alientos,
 Que exhaláron tus últimas boqueadas!
 Fallece el corazón, fallece herido
 Con agudos tormentos,

Al dolor trastornadas
 Las potencias, se turban acá dentro.
 Por todas partes el pavor encuentro
 De imágenes sombrías,
 Hijas de mi cuidado,
 Que el acerbo dolor ha fabricado.
 Abrese ya un sepulcro cavernoso:
 Hórrida tumba: lúgubres bugías:
 Melancólica rama
 De ciprés, y de pálida retama
 Se esparce en el recinto pavoroso.
 ¡Aparatos funestos!
 Funerales me asustan ya dispuestos.
 Hieren ya mis oídos
 Los ayes, los lamentos, los gemidos.
 Tristes exequias ¡ay! ¡qué doloroso
 Espectáculo ¡ay cielos! estoy viendo!
 Exequias de mi madre ¡ay!... Sepultada
 Mi traspasado amor la está sintiendo,
 Contemplando su lóbrega morada.

La turbación pesada
 Del letargo me vuelve: un sudor frío
 Me cubre de los piés á la cabeza:
 Con súbita extrañeza
 Huye cansado el brío.
 ¡Oh, de los cielos Soberana Alteza,
 Que imperas las nocturnas sombras mustias,

Envía las deseadas
 Luces del alba, viendo mis angustias!

Mas que nunca pesadas
 Las horas se figura el alma mía,
 Cuando ellas como siempre ván volando.
 Desciende, ¡oh! númen blando,
 Sobre mis tristes párpados, que el día
 Sus luces apresura
 Tras de la noche oscura.
 Preséntate á mis ojos desvelados
 Con semblante risueño.....
 Mas ¡qué al contrario se presenta el sueño
 A los que tiene el susto acobardados!
 Miro por todos lados
 De macilenta parca los trofeos.
 Aridos esqueletos descarnados
 Ocupan los oscuros mausoleos.....
 ¡Oh huesos á mis ojos venerables,
 Cuya vista me infunde
 Motivos de dolor interminables!
 Mi ánimo se confunde,
 Y entre congojas vuelvo en mis sentidos,
 Estropeado ¡ay dolor! con tantos males.
 De la espantosa noche los umbrales
 Ya desaparecidos,
 Se escuchan los acentos repetidos,
 De las canoras aves,
 Que con voces süaves

Hacen á su Criador salva sonora.
 A vista de la aurora
 Doy las gracias á Dios, de que me había
 Dejado ver la luz del claro día.
 Mas sin dejar de ver la mas amada
 Imagen que en la dócil fantasía
 El sueño me dejó tan bien copiada,
 Que borrarse no puede ya en la vida;
 Como cosa en el alma retratada,
 Y en todas sus potencias recibida.

Y así estarás ¡ay madre! en mi memoria,
 Que con dulces recuerdos te venera,
 Como estrella que luce en la alta gloria:
 Y mi amor que sin tí se considera,
 Te llora eternamente:
 Te llora ¡ay madre! para siempre ausente.

Sí, mi madre dichosa: mientras tu alma
 Con eterno laurel, gloriosa palma,
 Allá sobre los cielos se pasea,
 Mi turbio llanto enjuto
 En mi estenuado rostro jamás sea;
 Porque en tu hijo se vea
 Que te paga, aunque corto, este tributo.

MI ORFANDAD.

Seis lustros ha que ví la lumbre pura
 Y en espacios tan breves,
 De infortunios sufrí golpes fatales.
 Lleváronse á la horrenda sepultura
 A mi padre ¡ay de mí! parcas alevés,
 Mejor que por sus años por sus males,
 Cuando cuarenta auroras no cabales
 Eran toda su edad.....Tú, madre mía,
 Hechos tus ojos tristes manantiales,
 Me contaste esto misma en algún día:
 Que pidióme mi padre moribundo,
 Y con débiles brazos
 Me dió los tiernos últimos abrazos:
 Que partióse por último del mundo,
 Dejándome su llanto en rostro tierno
 Dulces reliquias del amor paterno.

Parece ¡ay padre amado!
 Que á la tristísima hora de tu muerte
 Llorabas mi orfandad, mas que tu vida.
 ¡Oh, si crecido hubiera yo á tu lado!
 Entonces, de la suerte
 Que estorba la caída
 Al pequeñuelo arbusto
 El árbol de la selva mas robusto,
 De la misma manera sostenido
 Contra el recio huracán de mi fortuna,
 De una caída importuna
 Con tus brazos me hubieras defendido....
 En mi lúgubre idea,
 De la brillante imagen de mi padre
 Un rayo centellea.....
 Así me lo pintó mi dulce madre.....
 Mi dulce madre.....sí. Tampoco existe:
 Con su esposo bajó al sepulcro triste.
 ¡Quién llorará, cual debe, estos asuntos!...
 De mis padres fragmentos venerables,
 Que ocupais la región de los difuntos,
 Para siempre durables
 Sereis en mi memoria:
 Y aunque están cual luceros en la gloria
 Las almas inmortales
 Que os inspiraban el vital aliento,
 Mis ojos han de ser dos manantiales,
 Que lloren vuestro triste apartamiento.

LA LIBERTAD.

¡Qué admirable concierto! ¡qué armonía
 Mantiene el universo! El Soberano
 Autor con sabia omnipotente mano
 Su máquina gobierna noche y día.
 ¡Oh! ¡con cuánta alegría
 Se asoma la mañana! Las estrellas
 Cual moribundas lámparas fallecen
 Allá en el más distante de los cielos.
 Las blandas luces bellas
 De la alba resplandecen
 Como por ténues delicados velos.
 Por el oriente sube el sol de fuego
 Derramando en el éter mil colores.
 Alégrase la tierra, y abren luego
 Su seno de ámbar las pintadas flores.
 Con soplo lisonjero el aire blando
 Las mueve: y el arroyo cristalino
 La salpica de aljófár trasparente.

Los pájaros volando,
 Con agradable trino
 Cantan su libertad alegremente:
 Su amada libertad....¡Oh, don del cielo,
 Que unos á otros los hombres se han quitado,
 Verdugos de su especie!.... Un denso velo
 Dejo caer de repente al maltratado
 Cuadro, de quien Dios mismo fué el modelo.

¡Infelices! dejad esas ciudades,
 Donde el poder ufano,
 Como infernal ministro de la muerte,
 Lleva atadas al carro de la suerte,
 Por horrendo blasón de sus crueldades,
 Tristes reliquias del linaje humano.
 Venid: y libres de feroces gentes,
 Esplayad vuestros ojos lastimados
 Por estas soledades inocentes.

Adiós, alegres prados:
 Porque el sol caluroso
 Me retira á mi albergue silencioso.
 Admitidme entre tanto
 Que vuelvo á vuestro seno delicioso
 El triste obsequio de mi justo llanto.

AL NIÑO JOSE ESPARZA.

ODA SÁFICO-ADÓNICA.

¿Qué Dios oculto, niño prodigioso,
 Suave te inspira tan graciosos metros?
 ¿Qué Dios benigno cariñoso inflama
 Tu númen tierno?

¡Ah! cuando pulsas con airosa mano
 Para mi elogio tu dorado plectro,
 El mismo Apolo, mira como baja
 De su alto asiento.

Cual tropa alada de canoros cisnes,
 Mira ya bajan con glorioso empeño
 Las bellas musas como arrebatadas
 De tu almo fuego.

¡Ah! ya te cifien con sus blandas manos
Tus sienes doctas de laurel eterno:
Ya templan todos de su orquesta dulce
Los instrumentos.

Yo escucho.... es cierto, cítaras sonantes,
Que acompañadas de himnos placenteros,
Salve te dicen, niño el mas gracioso
De nuestros tiempos.

Salve, y las luces de tu sabio padre
Te alumbren siempre como las de Febo,
Que se propongan en lumbreras tantas,
Como en espejos.

Salve..... así cantan, cuando repentino
Pone á los labios el asombro un dedo
Y emblema propio, como muda estatua,
Soy del silencio.

AL LICENCIADO

DON JUAN WENCESLAO BARQUERA.

ODA.

Cuando el cantar oía
En que saluda á la alma primavera,
El númen de Barquera,
Trasladóseme acá en la fantasía
Una visión que sólo
Pudiera celebrar el grande Apolo.

Ví, que la ninfa hermosa,
Movida de su estilo soberano,
Corriendo por el llano,
A Barquera se acerca, y cariñosa
Ciñe la docta frente
Con su misma guirnalda floreciente.

Y que luego lo pone
 Con amor en su falda, respirando
 Un aliento el más blando
 De nardo, de jazmín, y de anemone,
 Que le concilia grato
 Sueños felices de tan dulce rato.

Mientras que placentero
 Con tenues soplos el favonio alado,
 Volando por el prado,
 Refrescaba sus sienes lisonjero:
 Porque así lo ordenaba
 La reina de las flores que allí estaba:

Y que algunos poetas,
 Que también se empeñaban, alabando,
 Y sus saludos dando,
 En canciones suaves y discretas,
 A la diosa del prado,
 Miraban la ocasión con desagrado.

Y al cabo, que mi musa
 En humilde lenguaje me decía:
 Porque yo la pedía
 Que templara mi pobre cornamusa,
Acércate á Barquera,
 Cuando cantes la hermosa primavera.

LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA.

POEMA LUGUBRE

Dedicado á Mopso.

CANTO UNICO.

Para triste desahogo de la pena
 Que en lo interior me agita,
 Lloro la triste y espantosa escena
 Del alma, en el instante
 Que escucha la sentencia de precita.

Vuelve á mis manos, vuelve,
 Mi cítara sonante,
 Que en más alegre día
 Acompañabas mis festivos versos:
 Hoy el númen resuelve